

## Violeta-Perú\*

□ Luis Arturo Ramos

Yo le decía que era como el mar porque siempre olía a pescado; y no podía ser de otra manera, llevaba años trabajando en la empacadora y el olor lo tenía metido hasta en los ojos. Cuando iba por la calle parecía que nadaba; el vestido amplio, siempre holgado, para que sus jefes se dieran cuenta a la primera que nada llevaba debajo (*Pero ellas siempre se daban mañas para llevarse algunas cosas; metidas en los sobacos, entre las piernas, en cualquier pliegue del cuerpo*), se ondulaba con su andar y parecía un pez que caracoleara. Un pez sobre la banqueta embarrándolo todo con un olor que ni el perfume más fuerte era capaz de ocultar.

Yo la esperaba todos los días en la puerta de la empacadora hasta que le dio por hacerme el desprecio. La miraba hacer cola antes de salir para que las celadoras, ¿así se llaman?, las tentonearan en busca de las latas de pescado; la mascada alrededor de la cabeza, resguardándole el pelo de la carne de pescado, haciéndola parecer siempre distinta, como una maga o una gitana o como si se llamara de otra manera. Luego, desde antes de llegar a la puerta, me sonreía; entonces yo sabía que todo iba bien y que de momento no había porque preocuparse. Y nos pasábamos todo el mes divirtiéndonos, saliendo a Xochimilco a Texcoco o a cualquier parte, lejos del olor. Pero el olor lo llevaba ella, debajo de las uñas, entre las piernas, cubriéndole de escamas invisibles todo el cuerpo.

Una vez la subí al carro de Don Cayetano, estaba

contentísima, la pasí por su barrio para que la vieran detrás de los cristales, en el interior de ese palacio con ruedas que era el coche de Don Cayetano, ella muy seria, sin acomedirse a voltear, pidiéndome que fuera despacio, más despacio, porque le daba mucho miedo la velocidad y a mí a leguas se me notaba lo cafre; pero era sólo para mostrarse como reina dentro de un aparador. Nunca más la volví a pasear aunque ella me lo insinuó muchas veces; llenó todo el cohe de un olor rancio y Don Cayetano le atinó enseguida; como si hubiera servido de peceira (*Y como si la hubiera visto, porque la Pati parecía un pescadito de colores con su mascada y su vestido detrás de los vidrios del coche*), dijo cuando me reclamó; y eso mismo me dio la idea, le contesté que había llevado a la criada a comprar pescado para todo el mes, la vigilia, Don Cayetano, la vigilia, qué iba a saber él de vigilia.

Luego le platicaba a Santos, huele refeo, a puritito pescado. Y él, burlándose, así les huele a todas (*No me dolía que me hiciera esas bromas porque sabía que no la conocía. Nunca me pidió que se la presentara pero de todos modos me daba miedo que llegara a conocerla y le gustara o algo así*). Y yo, ya van tres frascos de perfume que le regalo. Y él, lo que necesita es aceite, no lociones. Y lo peor era que ella ya no lo notaba, qué bonito huele el perfume que me regalaste, decía sin darse cuenta del olorcillo rancio que traía allí, debajo de la capa de perfume, clavado como un remordimiento. ¿Qué no hueles nada raro?, le decía; y ella fruncía la nariz, olisqueaba hacia la derecha, luego hacia la izquierda y decía que no muy extrañada. Y el Santos

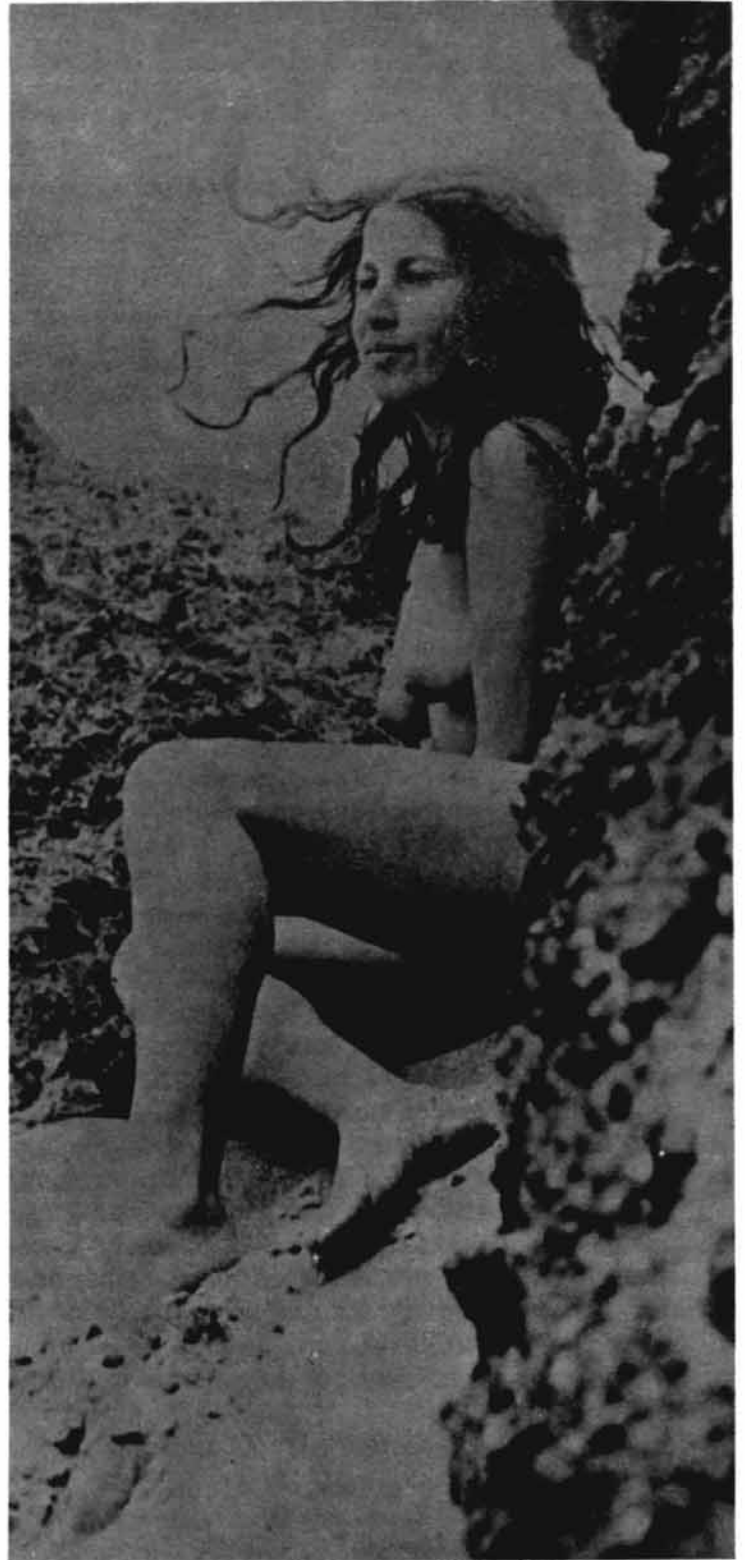
\* Fragmento de la novela que pronto aparecerá en la serie *Ficción* de la Universidad Veracruzana.

chingue y chingue : Que, ¿te la coges al mojo de ajo o nomás a la veracruzana? (Y aunque parezca raro, de esas bromas saqué la idea de llevarla a Veracruz para ver si allí sabían cómo sacarle el olor; o cuando menos que se le fuera con la vista del mar).

Una vez le dije que mejor se fuera de criada, que fácil le podía conseguir chamba en casa de Don Cayetano, que así nos sería todo más fácil. Pero ella lo tomó como un insulto, de gata ni en mi casa, dijo, como si eso fuera pecado. Todo trabajo es digno; pero nada. Si trabajas allá no tendrás más broncas con tu patrón y vamos a poder vernos todos los días (Ya después me enteré que Don Cayetano era también su patrón porque también era dueño de la empacadora, y aunque no lo sabíamos, los dos comíamos de la misma mano). Y yo ya me la imaginaba en la casa de Don Cayetano, con su cofia y su falda negra, viéndole las piernas cada vez que se agachara a limpiar debajo de algún mueble; y le diría por las noches, habla como la mayor, camina como la menor, ponte un camisón de la señora, acuéstate llena de perfume; pero no quiso. Ni modo.

Estaba tan acostumbrada a su olor, lo tenía tan adentro, que ya hasta los de su familia se habían acostumbrado; y eso no era todo, su casa parecía una sucursal de la empacadora y en la vecindad habían comenzado a decirles las sirenas. Ahí vienen las sirenas, les oía decir y a mí me daba mucha lástima cuando las miraba entrar a ella y a su hermana, que no tenía nada que ver, sonrientes, saludando a todo el mundo, peloteándose el olor. Hasta que empezó a darme miedo, porque así como estaba acostumbrada toda su familia y para entonces ya hasta la vecindad, podía pasarme lo mismo. Y sin que me diera cuenta, poco a poco, como el sueño, se me metería el olor debajo de la camisa, se me enredaría en los pelos del cuerpo y pronto andaría por ahí aleteando olores marinos; porque del acostumbramiento del mal ajeno a padecerlo uno mismo, sólo hay un paso, y no me quedaría otra más que casarme con la Pati y tener ese hijo por el que siempre le preguntaba.

Pero no había manera de hacerle ver las cosas porque el olor de la empacadora lo traía tan metido como la marca de un fierro de reses; era el olor



de su oficio, así como las putas huelen a sábana almidonada.

Y a la hora del amor, cuando la tenía encima de mí, pesaba más el olor que su cuerpo; y eran esos momentos los que más miedo me daban porque el cuerpo se me abría, los músculos se me ablandaban y le resultaría muy fácil al olor apoderarse de mí. Me pasaba las noches en vela, con miedo de que se valiera de mi sueño para volverme pescado. Que me mordiera en el cuello y me echara por ahí la mala sangre como dicen que hacen los vampiros. Por eso me quedaba despierto y me entretenía mirándola dormir, entre las sábanas revueltas, como si nadara en un mar de leche; hasta llegué a encender el ventilador para imaginármela más en el mar, el aire moviéndole el cabello, las olas de la sábana haciéndola flotar, lamentándome de la maldición que le había caído encima llevándome a mí entre las espuelas.

Una vez acompañé a Don Cayetano a sacar dinero de su banco y cuando vi a la cajera rubia manosear los billetes, pensé en mi Pati; también la cajera padecía del olor de su trabajo, los dedos reverdeciéndole de tanto contar dinero, llamando la atención de la gente con su olor a cobre. Seguro que también en su casa se encajonaría ese olor; se amontonarían en los rincones montañas de dinero invisible y todos vivirían con la ilusión de una riqueza de mentiras, como el que vive junto al que se sacó la lotería.

Miré su cara toda preocupada, muy pendiente de que no se le fuera a pelar un manojito de billetes. Pensé que a lo mejor, ¿por qué no? a la salida del banco hubiera alguien que les tentoneara el cuerpo en busca de dinero. Tampoco la cajera güera se daba cuenta de su olor, también ella se había acostumbrado y en su casa ya no les extrañaba verla llegar con las manos verdosas, oliendo a cobre, ni que cuando se moviera la casa retumbara con un retintín de pesos.

Yo me iba con la Pati por los lugares cercanos con la esperanza de que se le fuera el olor, con la intención, ahora sí, de decirle la verdad. Pati, mi amor, hueles a pescado, por qué no buscas un remedio... Patita, ¿sabes?, de tanto trabajar en la empacadora se te ha metido... o mejor...; pero siempre lo dejaba para otro día seguro de que nada

en el mundo sería capaz de remediar el asunto; ni el agua ni el jabón, ni la vista del mar ni nada. Hasta llegué a creer que estaba endemoniada por haberse metido al mar en Semana Santa; pero Santos me quitó la idea de llevarla a que le hicieran una limpia. Sabes cuál es el remedio, me dijo un día en La Raya, la revolución. Uy sí, qué fácil; pinche Santos, ni siquiera llevándola el 20 de noviembre a ver el desfile, a llenarla con cinco horas de revolución, logré que se le quitara el olor.

Y todos los viernes, durante los minutos en que esperaba su salida, antes de que su sonrisa me dijera, toda está bien, sigo reglando (*Nunca hablamos de lo que pasaría en caso de tener un hijo; pero los dos teníamos miedo porque sabíamos que si pasaba, quisiéramos o no quisiéramos, nos volvería distintos, como si nos cambiaran el nombre o nos fuéramos a vivir a otra colonia*), y mientras miraba su mascada de colores hacer cola, mientras su cuerpo se ablandaba con los tentoneos de las celadoras, ¿se llaman así?, me prometía que ahora sí ese sería el último mes. Los fines de semana salíamos a los pueblos cercanos, Xochimilco, Texcoco, íbamos a Teotihuacán, y cuando no había dinero, paseábamos por Chapultepec, yo contento de que hubiese tanto aire; nos metíamos en cualquier hotel y dormíamos juntos. Hasta que se me hizo llevarla a Veracruz, paramos en un hotel frente al mar, abrimos las ventanas, nos encueramos y dejamos que nos pegara de lleno el aire del mar. A Pati le gustó la idea, yo le decía extiende los brazos, no pienses en nada, y ella me obedecía. Abre las piernas, ponte blandita, cierra los ojos, mientras el mar, metido en la ventana del cuarto, cerraba los ojos también de tan en calma. Por las noches paseábamos por la playa, quítate los zapatos, anda, métete en el mar; pero eso nunca lo quiso hacer, de noche le daba miedo. Siento como que me van a jalar los pies por abajo, decía, tengo miedo de hundirme. A mí también me daba un poco de miedo el mar, era como miar a solas en la oscuridad, de espaldas a todo el mundo, expuesto a que cualquier cabrón me enterrara un cuchillo. Un día, el último que pasamos en Veracruz, desapareció el olor. De repente me di cuenta de que algo faltaba, era el olor. El aire estaba más liviano, su cuerpo pesaba menos, Pati ya no tenía ese olor. El mar se lo había llevado.



Pero en México el olor regresó. Fue cuando le pegue, hueles a puta, le dije. Y ella, pobrecita, el perfume me lo regalaste tú. Y yo: No hablo del perfume sino de ti, hueles a pescado, a puritito pescado. Pati lloró, no por la cachetada porque se las había dado más fuertes, sino por mis palabras. Se quedó ahí, a media cuadra de la empacadora, llorando solita bajo su mascada de colores.

Antes, al salir, me había dicho muy sonriente, quiero decirte algo: y yo, yo también quiero decirte algo, sin dejar de pensar en el olor que ya me tenía hasta la coronilla, y por borrarle la sonrisa fue

que le pegué, y luego, lo que más le dolió. Hueles a puta. Y después, todo arrepentido, unos pasos detrás de ella. Pati, no llores, perdóname, fue sin querer, de veras. Ella nomás dijo que sí con la cabeza, pero a leguas se notaba que era nada más para que no insistiera porque lo que le dije le había dolido mucho. Desde esa vez comenzaron los desprecios y los problemas; a lo mejor ella sabía lo de su olor y le gustaba que yo me hiciera el desentendido. A lo mejor Pati se avergonzaba y sabía que en la vecindad todos les decían las sirenas nada más por su culpa. Sabía que la gente le hacía gestos cuando se subía a

un camión o cuando se arrimaba a los puestos para comerse una torta. Desde esa vez comenzó todo, me dijo que mejor ya no la fuera a esperar a la salida de su trabajo porque su patrón se enojaba, que ya una vez la había regañado delante de todas y que eso sí que no lo podía aguantar, que cualquier cabrón se tomara la libertad de gritarle nada más porque fuera pobre, y que además, en todo caso, tampoco le convenía. Yo no le repelí porque sabía que ese sólo era su pretexto.

Nunca más volvimos a hablar de eso, luego me desesperé por los plantones y de plano ya no supe que hacer; pa acabarla de amolar fue cuando me corrió Don Cayetano dizque porque yo era amigo de Santos Desmadre. Hasta lo fui a ver para que me ayudara a hablar con el patrón porque se me hacía que Don Cayetano le tenía miedo; pero también andaba cesante y le estaba entrando con más ganas que nunca a sus mañas (*Nunca supe de dónde había llegado Santos Desmadre ni como fue que lo conocí. Los más viejos de la palomilla cuentan que antes había sido ratero y que había estado varias veces en la cárcel por otros motivos. Que se bajó un día de un camión en la esquina de La Raya con una maletita con el escudo del Atlante y que se quedó a*

*vivir pa siempre*). Luego, cuando quise ir a ver a la Pati a su trabajo, me enteré que hasta de turno se había cambiado nomás para que de plano ya no pudiera ni ir a buscarla.

Ahora ya sé que todas las mujeres tienen su olor, la bronca fue que nunca pude acostumbrarme al olor de la Patricia; pero eso de que todas lo tienen es una gran verdad. La Pati, la cajera rubia, las hijas de Don Cayetano, blancas como españolas. El olor de las hijas de Don Cayetano no se puede explicar, le dije una vez a Santos Gallardo. Algún día lo voy a conocer (*Es posible que Santos las haya visto algún día pasar en automóvil, quietas como estatuas, sin mirar las cosas de más allá del vidrio de las ventanas*), me dijo muy sonriente con su cara de malo de película. Yo también sonreí, no porque se lo creyera, sino porque también se me hacía muy jalada su idea. Ellas sabrán también a lo que huele el cobre, dijo después mirándome la sonrisa.

Pero nunca más volví a manejar el coche de Don Cayetano, ni a oler el olor de sus hijas; tampoco el de la cajera rubia y mucho menos el de la Pati. Y no supe si siguió oliendo a pescado o si nunca más le volvió a bajar la regla.